

Recibido: 16/7/2013
Aceptado: 10/8/2013

La verdad escrita en las células. Nuevos “biologicismos” redefinen la condición humana

Paula Sibilía*

Universidad Federal Fluminense

RESUMEN

Este artículo cuestiona ciertos conceptos y prácticas de las nuevas “ciencias de la vida”, y su influencia en la redefinición de la condición humana, la salud y la enfermedad. Hoy proliferan las metáforas informáticas y digitales, en una sociedad que tiende a encontrar causas biológicas y soluciones técnicas para los conflictos humanos. Detectar, prevenir y corregir “fallas” es el objetivo de una medicina orientada hacia la administración de riesgos y propensiones.

ABSTRACT

This article questions certain concepts and practices of the new “sciences of life”, and their influence on the redefinition of the human condition, health and sickness. Today the informatics and digital metaphors proliferate into a society that tends to find biological causes and technical solutions for human conflicts. Detect, prevent and correct “flaws” is the objective of a type of medicine oriented to the administration of risks and propensities.

DESCRIPTORES: GENÉTICA – NEUROCIENCIAS – INFORMACIÓN – NORMALIDAD – TECNOLOGÍA

KEY WORDS: GENETIC – NEUROSCIENCE – INFORMATION – NORMALITY – TECHNOLOGY

* Comunicadora y antropóloga. Ensayista e investigadora argentina residente en Rio de Janeiro. E-mail: www.paulasibilia.com

La verdad escrita en las células. Nuevos “biologicismos” redefinen la condición humana

Hay frases que ya nacen cinceladas en el mármol, o destinadas al bronce y a las citas periodísticas o académicas. Un ejemplo es este enunciado atribuido al biólogo estadounidense James Watson: “el destino ya no está escrito en los astros, ahora está escrito en nuestros genes”. Vale recordar que Watson fue uno de los descubridores de la estructura del ADN en 1953 y más recientemente asumió la dirección del famoso Proyecto Genoma Humano. Pese a la conveniente autoridad de su autor, cabe aclarar que cuando semejante declaración fue acuñada, en la segunda mitad del siglo XX, ya hacía tiempo que nuestro destino había dejado de estar escrito en las estrellas; al menos, según las marmóreas verdades irradiadas por nuestro campo de saber hegemónico: la tecnociencia.

A lo largo de la historia, los veredictos del saber tecnocientífico —un tipo de conocimiento cuya legitimidad se extiende, ya hace bastante tiempo, por el globo hasta impregnar sus más lejanos recodos— han desplazado ese lugar de *verdad* sobre nuestros destinos y lo han enraizado en diversos *locus*. Quizás sea cierto que en algún momento ese poder parecía refugiarse en la sabiduría eterna de la armonía celestial, pero luego ha ido ocupando guaridas menos excéntricas, hasta alojarse en escondites cada vez más íntimos. La sangre y la sexualidad, por ejemplo. Aunque las reacomodaciones más recientes de nuestros saberes oficiales parecen querer situar el eje de esa *verdad* en entidades cada vez más pequeñas y recónditas, como los genes, las hormonas, las enzimas o los neurotransmisores.

Para visualizar mejor esos desplazamientos, conviene revisar nuestra historia reciente. A partir de los siglos XVIII y XIX, en las sociedades occidentales, la medicina se ha configurado como un poderoso conjunto de saberes y poderes que apuntan a los cuerpos y a las poblaciones humanas. Con sus prácticas y técnicas en constante actualización, a lo largo de toda la historia moderna, la medicina se ha dedicado a controlar los acontecimientos aleatorios relativos a la multiplicidad orgánica y biológica de los seres humanos, para imponer sus exigencias “normalizadoras” según los intereses del capitalismo industrial: disciplinando a los individuos y regulando la vida, según la terminología usada por el filósofo francés Michel Foucault.

Sin embargo, es innegable que nuestro mundo atraviesa fuertes cambios. Un síntoma de esas mutaciones es la alianza cada vez más visceral entre la tec-

nociencia y el mercado. En ese contexto, ocurre un movimiento creciente de “biologización” de los conflictos humanos; es decir, una disposición a indicar causas biológicas para los más diversos problemas individuales y colectivos, desde la propensión a la violencia hasta la depresión o la ansiedad. Esa tendencia crece junto con el fenómeno que se ha denominado “medicalización de la sociedad”; es decir, una creciente oferta de soluciones terapéuticas para problemas que no siempre se consideraron de exclusiva incumbencia médica. En ese doble movimiento, los medios de comunicación desempeñan un papel fundamental. Bajo una coalición no siempre explicitada, tanto la tecnociencia como el mercado y los medios ayudan a fortalecer no sólo a las nuevas competencias de la medicina sino también a las denominadas “ciencias de la vida”. En ese conjunto de saberes actualmente privilegiados figuran tanto las terapias genéticas como las neurociencias e, inclusive, la reprogramación celular o las biotecnologías en general, pasando por algo considerado más trivial porque se ha popularizado intensamente: los productos de la industria farmacéutica destinados a modular los estados anímicos o los comportamientos.

Teniendo en cuenta ese peculiar contexto contemporáneo, este artículo pretende subrayar la relevancia *biopolítica* de esos nuevos saberes y técnicas; es decir, su capacidad de apuntar a los cuerpos humanos para embestirlos políticamente, en un sentido comparable al explicitado por Foucault en sus análisis de la sociedad industrial. Además de las diversas técnicas terapéuticas que surgen con velocidad cotidiana y que se aplican a los cuerpos humanos, dichos saberes destilan toda una serie de metáforas y creencias. Tanto las técnicas como las *verdades* a ellas adheridas suscitan diversas reacciones y provocan importantes efectos en el mundo. Intentaremos analizar cómo las prácticas y los discursos exhalados por áreas como la ingeniería genética, la biología molecular y las nuevas neurociencias gravitan bajo el mismo horizonte de “digitalización universal”, un proceso probablemente desatado con la definición de la vida como información.

Tanto las imágenes corporales como los “modos de ser” que emergen junto con ellas permiten examinar la redefinición de la condición humana, actualmente en curso. Cierta divulgación mediática de esos discursos tecnocientíficos de las últimas décadas insinúa que si lográramos descifrar el “oráculo genético” tendríamos acceso a la *verdad* acerca de todo lo que es, fue y será sobre la faz de la Tierra. En ese sentido, dominar las técnicas de la biología molecular sería una condición tan necesaria como suficiente para alterar el texto del destino, ahora imantado con las metáforas de la “reprogramación”. En el seno de estos nuevos

saberes late una ambición de controlar el futuro, cerrar la puerta a lo imprevisible restringiendo su escandalosa gama de posibilidades. Frente a semejante osadía, de nada parecen servir las sensatas advertencias de científicos de la misma área biológica como Stephen Jay Gould (1997): “somos entidades contingentes y no inevitabilidades previsible” (p.47). Evelyn Fox Keller (2000) también se ha rebelado contra los nuevos reduccionismos biologicistas, intentando rescatar la complejidad humana mediante una comparación bastante ilustrativa. Para esa científica estadounidense, sería vana toda tentativa de discriminar entre la responsabilidad de los genes y del medio ambiente al definir las particularidades de cada ser humano, pues semejante separación tendría tanto sentido como preguntar si el sonido de un tambor es fruto del instrumento o de quien lo toca. Si bien esas sutilezas se han ido incorporando a la divulgación científica producida en los últimos años, refinando los determinismos más groseros que abundaban en la década pasada, el impulso técnico que sueña con dominar el viejo azar de la biología aún se deja seducir por esas ansias de eliminar la incierta aleatoriedad y lo incognoscible.

La aventura cartográfica del Proyecto Genoma Humano, verdadero emblema de esta tendencia, fue divulgada como una proeza que permitirá “desprogramar” las enfermedades y la muerte, anular el envejecimiento y desactivar el dolor. En fin: controlar el destino, restringiendo el enorme abanico de posibilidades contenidas en el juego de dados del futuro para prevenir los posibles riesgos. Si las fuerzas que regían la evolución natural enunciada por Charles Darwin en el siglo XIX componían un equilibrio entre el azar y la necesidad de las leyes naturales, esa estabilidad parece haber sido quebrada por la intervención humana, con el fin de subyugar los veredictos otrora implacables de las leyes naturales.

“¿El huevo es computable?” (p.77), se preguntaba el biólogo evolucionista Lewis Wolpert (1997) en un artículo cuyo subtítulo también es elocuente: “¿Podemos generar tanto un ángel como un dinosaurio?”. Dada la descripción total de un huevo fertilizado (o sea, la secuencia completa de ADN y la posición de todas las proteínas y RNAs), ¿sería posible prever cómo se desarrollará el embrión? Ese es el sueño naciente de lo que algunos autores denominan “post-evolución”, que reza lo siguiente: si sometiéramos al procesamiento computacional toda la información contenida en el embrión de un ser vivo (por ejemplo, un ser humano), deberíamos poder deducir el programa completo de su desarrollo futuro. Una vez descifrada la programación genética de cada criatura, el paso siguiente sería manipular la vida que la anima: corregir eventuales

problemas, prevenir ciertas tendencias probabilísticas y efectuar ajustes según las preferencias de cada usuario-portador-consumidor.

A la luz de estas novedades, parece evidente la ruptura con respecto a las viejas metáforas mecánicas que proliferaron entre los siglos XVII y XX. La ciencia clásica confiaba en el progreso gradual basado en las leyes lentas, sabias e inexorables de la Naturaleza, pero ahora no se trata más de perfeccionar el material genético que la evolución natural legó a una determinada especie: el objetivo es proyectar y producir seres vivos con fines explícitos y utilitarios. Y, lógicamente, la especie humana es la más cotizada en ese plan. No podemos olvidar, sin embargo, que la maleabilidad es una característica fundamental del ser humano, asumida orgullosamente en el Renacimiento y burilada a lo largo de la era moderna. Durante todo ese período histórico, los proyectos humanistas fueron tallando esa sustancia dócil por medio de la educación, la cultura y la política. Como los hombres nacían “incompletos”, eran infinitas las posibilidades albergadas en ese futuro felizmente indeterminado, una hoja en blanco preñada de sorpresas.

Determinar claramente esa sustancia indeterminada —apuntando a su inserción en una sociedad específica— era el objetivo al cual se dirigían los dispositivos *biopolíticos*, precisamente: modelar cuerpos, subjetividades y poblaciones para adecuarlos a los intereses de un proyecto socio-histórico específico. De modo que en la sociedad moderna que transitó por los siglos XIX y XX ya operaba cierta “evolución no-natural” sobre la especie humana, apoyada en los saberes tecnocientíficos de aquella época. Ciertos cuerpos y modos de ser (y no otros) se engendraban en la catequesis de profesores, pedagogos, psicólogos, médicos, sociólogos, psiquiatras y todo el ejército de profesionales de las ciencias humanas y sociales; un vasto campo de saber que alimentaba los mecanismos de la era industrial. Ahora, sin embargo, según las flamantes *verdades* tejidas por nuestra tecnociencia, en su alianza tácita con el mercado y los medios de comunicación, ya no haría falta relegar dichos procesos a los métodos lentos e imprecisos de la educación y la cultura. Los discursos tecnocientíficos que aquí se enfocan sugieren, en cambio, que las nuevas ciencias de la vida podrían llevar a cabo un programa mucho más radical y efectivo de *formateo* humano. Esa reprogramación se daría interviniendo directamente en los códigos genéticos o en los circuitos cerebrales, esos *locus* actuales de nuestras *verdades* que aún suelen presentarse como determinantes de buena parte de las características humanas, tanto físicas como psíquicas.

Del dispositivo sexual al determinismo genético

Los embates del psicoanálisis con este tipo de discursos son un indicio del creciente proceso de *biologización* que atraviesa la sociedad contemporánea, con la proliferación de explicaciones biológicas y soluciones técnicas para todos los conflictos que nos afectan, tanto en el plano individual como al nivel de la especie. Una mirada antropológica detectaría que, junto con las *verdades* en que se apoyan la teoría y la práctica psicoanalíticas, hoy también se cuestiona el papel primordial desempeñado por el sexo en la definición de las identidades individuales y colectivas. En el primer volumen de su *Historia de la Sexualidad*, publicado en 1976, Foucault estudió la enorme importancia atribuida al sexo en las sociedades industriales, y justificó ese énfasis afirmando que tal factor disfrutaba de una ubicación estratégica. Situado en la intersección exacta entre los cuerpos individuales y la población humana, el “dispositivo de la sexualidad” afectaba al mismo tiempo ambos focos de aquello que el autor denominó *biopoder*, un tipo de poder específicamente moderno, que apuntaba a la vida para “hacer vivir y dejar morir”, en vez de “hacer morir y dejar vivir”, como ocurriera en tiempos feudales. Así, a lo largo de la era moderna, el sexo se ubicó en la mira de los impulsos normalizadores de la sociedad industrial, y por eso se convirtió en un blanco privilegiado tanto de las técnicas disciplinarias (que apuntaban a domesticar los cuerpos individuales) como de las operaciones biopolíticas (que se dirigían a la administración biológica de las poblaciones).

Ya han pasado casi cuarenta años desde la publicación de aquel estudio que se ha vuelto clásico, en el cual el autor francés analizaba el rol de la sexualidad como un dispositivo de poder durante esa era que fue tan industrial como “victoriana”. Ahora, acompañando las intensas transformaciones que se desdoblaron en las últimas décadas —recordemos que el filósofo falleció en 1984—, ese foco parece estar desplazándose hacia otros ejes. En una sociedad articulada por constantes flujos de información digital de apariencia “inmaterial”, entidades como el código genético parecen dispuestas a ocupar ese lugar de preeminencia antes atribuido al sexo. Situada en la intersección exacta entre el cuerpo individual y el de la especie, la cadena de genes del ADN surge como un blanco privilegiado tanto de las políticas vitales que apuntan a la población humana como de las técnicas dirigidas a modelar cuerpos individuales y formas de ser.

Cabe recordar que, según la línea genealógica trazada por Foucault, la sangre afloraba como el objetivo predilecto de los dispositivos de poder en las “sociedades de soberanía”; es decir, en las formaciones históricas inmediatamente

anteriores al desarrollo del capitalismo industrial. En aquel contexto, una rica simbología fluía por las venas de los hombres y mujeres: duelos, esgrima, batallas campales, la importancia de tener cierta sangre o de derramarla. Todas esas ceremonias, en fin, delatan la potencia vital de la sangre en aquella época, tanto a escala individual como social. Ya en la Modernidad, el sexo destronó a la sangre para asumir el rol principal en los rituales que afectan la definición de la vida y los modos de operar sobre ella. ¿Y qué ocurre ahora, en los albores del siglo XXI? Vemos surgir toda una mística asociada a entidades como los genes, así como las hormonas, las enzimas y los neurotransmisores.

Así como la sangre en las sociedades feudales y el sexo en el mundo industrial, hoy corresponde a los componentes celulares determinar “lo que uno es”, porque el código genético es la clave de la revelación que “trae todo a plena luz”, parafraseando algunas de las expresiones usadas por Foucault al describir la función del sexo en la era industrial. De modo que el ADN estaría conformando un fuerte dispositivo político, en torno del cual se reorganizan las definiciones de la vida en la actualidad. Si el dispositivo sexual mereció tanta importancia durante aquel período histórico fue porque “la noción de sexo permitió agrupar, según una unidad artificial, elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones y placeres”, explica Foucault (1976, p.144). Además, su relevancia se debía también a que “permitió hacer funcionar esta unidad ficticia como principio causal, sentido omnipresente, secreto a descubrir en todas partes: el sexo puede funcionar como significante único y como significado universal” (ob. Cit. P.144) Actualmente ese papel de significante único y significado universal suele atribuirse a otra “unidad ficticia”; ya no a la sexualidad sino a una entidad más novedosa y, quizás, aún más potente: el código genético.

De acuerdo con ciertos discursos de procedencia tecnocientífica e irradiados por los medios de comunicación, y más allá de las salvedades y prudencias que los propios científicos suelen recomendar, hoy las cifras grabadas en la molécula de ADN de cada individuo y de la especie humana en general se consideran capaces de “determinar” casi todo: “elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones y placeres”. Aunque ese principio causal y omnipresente permanezca púdicamente en secreto, oculto en las entrañas más profundas del ser humano (así como ocurría con la sexualidad), se nos dice que habría que descifrar todos sus secretos para alcanzar *la verdad*. Tanto en el caso del sexo como en el más reciente del ADN, tal posibilidad de penetrar en los misterios de las esencias humanas aparece como técnicamente viable, gracias a los utensilios proporcionados por los saberes privilegiados en las respectivas sociedades.

La revelación de aquellos enigmas cifrados que serían capaces de causar casi todo —en los cuerpos, las almas y las poblaciones— durante el reinado del “dispositivo de la sexualidad” correspondía a toda una gama de saberes basados en las técnicas de observación y examen: el catálogo completo de las ciencias sociales y humanas, incluyendo al psicoanálisis, la medicina, la pedagogía, la psiquiatría y la sociología. Hoy, tal función compete a una serie de conocimientos anclados en el paradigma digital que nutre la tecnociencia contemporánea, encabezado por las vertientes más actuales de la medicina, que se ha nutrido de la biología molecular y que sólo es capaz de operar con la imprescindible ayuda de una serie de artefactos informáticos. A pesar de la diferencia metodológica y de la naturaleza propia de cada uno de los blancos a los que apuntan estos dos conjuntos de saberes tan distintos, sus metas coinciden. Así como en el sexo debía buscarse la propia inteligibilidad, la “identidad” de cada individuo, la esencia de las almas y los cuerpos, la explicación de lo que cada uno era, de la misma forma hoy se nos dice que toda la verdad está inscrita y puede ser descifrada en el inefable código genético, presentado espectacularmente como el nuevo *locus* de nuestro destino.

Así ponderaba Foucault esos procesos con respecto al sexo en la sociedad industrial: “de allí la importancia que le atribuimos, el temor reverente con que lo revestimos, la preocupación que tenemos en conocerlo” (ob.cit.p146). La comparación con lo que sucede actualmente es tentadora, y parece incluso insinuarse en las propias palabras del filósofo: “de allí el hecho de haberse vuelto más importante que nuestra alma, más importante que nuestra vida; y de allí que todos los enigmas del mundo nos parezcan tan superfluos comparados con ese secreto, minúsculo en cada uno de nosotros, pero cuya densidad lo convierte en el más grave de todos” (ob.cit. p. 146). Minúscula, muy minúscula, la molécula de ADN posee una densidad y una gravedad inconmensurables: alberga *la verdad* y sus cifras codifican *el destino*. Por eso, así como el sexo conformó un principio de normalidad que aceitaba los ejes centrales del capitalismo industrial, ahora se vislumbra la instauración de un nuevo principio de normalidad en esto que podríamos denominar “dispositivo genético”.

Las ciencias modernas clasificaron y “entomologizaron” los diversos tipos subjetivos, recurriendo para ello a la minuciosidad taxonómica de los métodos analógicos. Al ordenar en esquemas jerárquicos todas las “perversiones”, los científicos de la era industrial definieron el concepto de normalidad a partir de esos desvíos. Ahora, las infinitas combinaciones génicas pueden ser rastreadas a toda velocidad gracias a las herramientas digitales diseñadas por la nueva tecno-

ciencia, con costos que no cesan de disminuir mientras aumentan sus alcances y su precisión. Esos fabulosos artefactos pretenden detectar todos los errores susceptibles de reprogramación presentes en los códigos analizados —de manera instantánea, aséptica y sobre todo exacta—, a partir de un estándar ideal estadísticamente definido como normal, pero que de ningún modo implicaría un límite para los deseos de *customización* corporal o subjetiva.

El ocaso de la “interioridad” y los imperativos técnicos

Son incalculables las irradiaciones de esta transformación, que implicaría un desplazamiento del sexo hacia los genes entronizando al ADN en el punto exacto en que se cruzan las biopolíticas que afectan a la especie y los dispositivos que modelan cuerpos y subjetividades. Uno de los fenómenos asociados a tales procesos es el mentado cuestionamiento de las teorías y prácticas psicoanalíticas en confrontación a las nuevas “ciencias de la vida”, en provecho tanto de las explicaciones biológicas de los disturbios mentales como de los tratamientos “rápidos y efectivos” basados en el suministro de psicofármacos.

Un conjunto de exitosos productos farmacéuticos surgidos en las últimas décadas jalona esta transición: Prozac, Citalopram, Ritalina. Esta falange psicofarmacológica se distancia de las terapias asociadas al psicoanálisis, que responden al paradigma de la “interioridad” inherente al *homo psychologicus*. Dichos tratamientos son largos y dolorosos por definición: desprecian los “meros síntomas” para sumergirse en las entrañas del alma en busca de las “causas profundas” de los sufrimientos psíquicos y las tormentas que asolan al espíritu. O sea: verdaderas tragedias o nimiedades existenciales, pero siempre frutos de la experiencia íntima de cada sujeto, entendido como un individuo dotado de una intensa “vida interior” y de una historia personal que lo constituye como tal. Las nuevas corrientes tienden a argumentar que todo eso ya es historia antigua: el éxito de la nueva familia de medicamentos refuerza un tipo de tratamiento muy distinto, de linaje conductista, que busca anular químicamente los conflictos y suele tener efectos inmediatos en la eliminación de los síntomas. De ese modo, se evitan los largos y complicados sondeos en las profundidades psíquicas, puesto que ya no se busca desvendar ninguna “causa profunda” atrapada en los meandros de la propia interioridad.

La mirada introspectiva parece haber pasado de moda: aquella vieja “tentación de profundizar hasta el infinito en uno mismo”, como la describe un especialista en historia de la psiquiatría, Robert Castel. “Por cierto, en la actua-

lidad se trata más de alcanzar una plusvalía de goce y eficiencia que una suma de conocimientos de las propias profundidades”, concluye Castel (1995, p. 9). Al disminuir la relevancia de aquella esfera interior en torno a la cual gravitaba la subjetividad moderna, bajo esta nueva perspectiva cualquier malestar se considera una disfunción: una falla, un desvío que puede y debe ser eliminado. En vez de suscitar interrogaciones sobre una subjetividad enigmática y conflictiva, las nuevas terapias ofrecen explicaciones técnicas e intervenciones correctoras. Aquí también se trata de un desplazamiento del foco: en vez de interpretar las *causas* del conflicto, toda la atención se concentra en los *efectos* de la solución técnica suministrada. Una propuesta perfectamente afinada con “una cultura cientificista que privilegia la neuroquímica del cerebro”, como explica el psicoanalista Benilton Bezerra (2002, pp. 229-239). En suma, otra fase del biologicismo hoy triunfante, un tipo de *verdad* que desdeña aquel antiguo y denso tejido de creencias, deseos y afectos que la modernidad solía ver alojado “dentro” de cada sujeto, sí, pero no “escrito” en sus células.

La enfermedad como falla o “error en el código”

Si quienes recurren a las nuevas terapias no buscan descifrar los complejos misterios de sus propias profundidades, lo que obtienen es una perfecta “plusvalía de goce y eficiencia”, como concluía Castel. Pero lo que resulta más interesante, a los efectos de este ensayo, es lo siguiente: ya sea al calibrar los flujos inter-neuronales de ciertas sustancias químicas (como la serotonina y la dopamina), o bien al descargar estímulos eléctricos en el sistema nervioso por medio de artefactos electrónicos, las terapias de ese tipo sobrevuelan el mismo horizonte de *reprogramación* anhelado por los tratamientos genéticos. Por eso, la potencia política de estos últimos —que recién se están anunciando como grandes promesas para el futuro— se infiltra también en esta tendencia. Porque esta perspectiva biologizante y sintomatológica, que avanza con pie firme en el campo del saber psiquiátrico, está invadiendo también la clínica médica alumbrada por las investigaciones en el campo de la genética.

Así, en lugar de la visión totalizante propia de las ciencias humanas y sociales modernas, que solían considerar la causalidad múltiple de los procesos mórbidos (incluyendo la fuerte influencia del ambiente y de la historia vital de cada individuo), estos nuevos saberes tecnocientíficos afinan su foco para concentrarlo en el substrato micromolecular del cuerpo humano. Si buena parte de la causalidad se concentra en la programación genética, por ejemplo, entonces

las terapias deben intentar *corregir* los *errores* puntuales inscriptos en el código de cada paciente. O, de manera equivalente, deberán practicarse *ajustes* técnicos en las *fallas* de la información que fluye por los circuitos integrados de sus sistemas nerviosos y neuronales.

Las analogías digitales se tornan evidentes, en lo que parece ser una actualización de los viejos dualismos: aquí, el par cuerpo-mente se deja solapar por el flamante par hardware-software. Así como ocurría en el lejano siglo XVIII de René Descartes, en esta nueva perspectiva, también, el fundamento del ser humano parece radicar en el polo “inmaterial” de la dualidad. “Pienso, luego existo”, afirmaba Descartes hace demasiado tiempo. Pero ahora es la información contenida en el código genético o en el “software cerebral” de los sujetos lo que más vale y, en consecuencia, lo que debería preservarse para salvar la esencia de cada individuo. De ese modo y de manera comparable, el cuerpo vuelve a despreciarse por ser impuro en un nuevo sentido: debido a su materialidad rígida y opaca, el organismo humano se revela finito, perecedero, imperfecto, demasiado orgánico. Y, por consiguiente, se lo condena a las tiranías de la actualización constante; es decir, a la obligación de someterse a un sinnúmero de medidas preventivas y correctivas, que de todos modos jamás serán suficientes para contrarrestar la fatal condena a nuestra obsolescencia corporal.

Por eso suele sugerirse que el nuevo procedimiento para curar enfermedades consistiría en alterar la “programación” de cada organismo para corregir sus errores. El espectro metodológico para realizar tal proeza involucra tanto los balances de flujos e impulsos eléctricos en el cerebro y en el sistema nervioso, como los ajustes en la información genética, entre otras propuestas igualmente seductoras. En todos los casos, sin embargo, se trata de operar correcciones en el sistema *digital* del complejo cuerpo-alma, percibido como un haz de informaciones codificadas. Esa es la promesa que enarbolan algunos de los psicofármacos más populares de los últimos tiempos, como Prozac y Ritalina, que parecen actuar en el sistema neurológico de cada sujeto *reprogramando* los circuitos electrónicos que comandan su cuerpo y su alma, con el fin de obtener efectos inmediatos en el comportamiento. A pesar de las evidentes diferencias con respecto a las terapias genéticas, la asociación entre esas dos técnicas médicas no es gratuita: ambas integran el mismo paradigma de la tecnociencia contemporánea, se basan en ideas semejantes acerca de la condición humana y parten de una visión semejante del mundo y de la vida.

A modo de ilustración de esa hipótesis, cabe mencionar el descubrimiento de lo que se dio en llamar “Prozac genético”, ocurrido en el Instituto Nacional

de Salud Mental de los Estados Unidos. El genetista Dean Hamer relata su participación en esa investigación, según la cual 32% de los seres humanos poseen una versión diferenciada del gen transportador de la serotonina, “que opera como un Prozac natural, reduciendo la ansiedad y la depresión” (1998, p. 182). Según los científicos que participaron en la experiencia, el 68% restante de la población mundial carecería de tal gen, y por tal motivo serían más propensos a sufrir depresiones y crisis de ansiedad. De acuerdo con el relato de Hamer, los investigadores lograron aislar el gen responsable y estudiar sus efectos en varios centenares de individuos, que previamente se habían sometido a dos tests de personalidad. Todos los datos fueron procesados en las computadoras del laboratorio, con la intención de relacionar determinados rasgos subjetivos con la presencia o no del gen en cuestión. Los resultados fueron negativos para atributos como franqueza, extroversión, cordialidad y agresividad, pero la aparición del gen demostró una altísima tasa de correlación con otras características: ansiedad, estabilidad emocional y tolerancia al estrés. “Precisamente los rasgos que deberían estar comprometidos si es que de hecho estábamos frente a un Prozac genético”, afirma Hamer, para luego agregar que el descubrimiento del gen y su correlación con tales factores abrió el horizonte para el tratamiento genético de las depresiones leves.

Considerando el enorme éxito de un medicamento como Prozac, no sorprende que el científico recién citado se pregunte lo siguiente: ¿por qué tratar sólo los síntomas, si es posible eliminar la causa? Así se enuncia una posibilidad antes inédita: corregir de manera definitiva el “pequeño error de programación” en el código genético de los sujetos afectados por trastornos como la ansiedad crónica y la inestabilidad emocional. Pero es posible ir más lejos todavía: si la propensión a contraer determinada enfermedad —o bien una “falla” en la propia personalidad— reside en un rasgo genéticamente hereditario, ¿por qué no realizar una intervención en el embrión, que permita eliminar esa propensión en las generaciones futuras que podrían llegar a padecerla? Esa es la propuesta de las terapias genéticas de línea germinal, que prometen diferenciarse de todos los dispositivos médicos del pasado debido a su capacidad para alterar a la especie humana, ya que pretenden afectar no sólo al individuo tratado sino a toda su descendencia.

¿Qué significa estar sano?

Todos los días, millones de niños considerados hiperactivos o agresivos son “tranquilizados” con dosis variadas de remedios como Ritalina, mientras otros millones de personas lograrían soslayar sus cuadros depresivos ingiriendo grasas de productos como Prozac o similares. Además, los medios de comunicación no cesan de divulgar noticias referidas a investigaciones y descubrimientos alineados con esas propuestas. Por ejemplo, el 15% de la población mundial sufriría de un nuevo mal de época: la “compulsión al consumo”, cuyos síntomas podrían controlarse con medicamentos como el ya aludido Citalopram. Los números y algunos cuadros clínicos citados en ese tipo de relatos mediáticos evocan la droga “soma”, aquella píldora que los ciudadanos de *Un mundo feliz*, la novela de Aldous Huxley (1932), ingerían regularmente para permanecer felices, calmos y políticamente pasivos. Remiten también a los dispositivos del tipo *dial-a-mood*, aparatos administradores de estados de ánimo que proliferan en la ciencia-ficción desde que el escritor Philip Dick (1968) los presentara en su texto, que inspiró la película *Blade Runner* (dirigida por Ridley Scott, 1982). Los nuevos psicofármacos suelen presentarse como una variante *real* de esos dispositivos programadores del alma, lo cual sin duda contribuye a explicar que estén generando enormes lucros para la industria farmacéutica. Aunque no dejan de suscitar cierta inquietud, pues esos remedios suelen usarse también, y de manera creciente, para tratar cuadros que no se consideran “patológicos” sino “normales”; un fenómeno al que suele aludirse como “usos recreativos” de los productos de la industria farmacéutica.

Como ocurre con tantas otras, en estas épocas de intensas transformaciones, las definiciones de patología y normalidad han atravesado serias turbulencias en los últimos tiempos. Mientras tanto, el “dispositivo genético” se va configurando como una estrategia biopolítica primordial: una vez definido el contenido informativo del código considerado *normal*, todos sus desvíos se califican como *errores*. Así funcionan, de hecho, los biochips: microprocesadores híbridos que contienen fragmentos de ADN humano en su composición y se usan en los laboratorios para realizar análisis genéticos, con el fin de detectar *errores* en las moléculas analizadas al compararlas con el material *normal* embutido en el chip. Todas las anormalidades encontradas en el material genético se interpretan como defectos o fallas en la programación, como si se tratase de un problema de tipo informático que puede y debería corregirse con ayuda de las herramientas digitales suministradas por las nuevas ciencias de la vida.

No obstante, si las fallas en el programa genético se definen como desvíos con respecto a la normalidad, ¿qué sería lo *normal*? ¿Cómo se define, en este nuevo contexto, el estándar de normalidad? No hay respuestas evidentes para estas preguntas. Si bien existe un consenso general acerca de que determinadas condiciones son patológicas, tales como el cáncer o el mal de Alzheimer; no se sabe exactamente qué es la salud. Este proceso forma parte de la descomposición que hoy aqueja a varios pares de oposiciones que fueron fundamentales en la tradición occidental; entre ellos, salud/enfermedad y normal/patológico. Ya no parece existir una línea divisoria que separe nítidamente ambos términos de esos pares: la diferencia taxativa que regía las clasificaciones *analógicas* de la era industrial, también en estos casos, se ha esfumado. Donde impera la reluciente lógica *digital*, las variaciones posibles exceden a los dos integrantes del par, de modo que en este nuevo régimen las posibilidades combinatorias son infinitas.

Para ilustrar esta transformación puede ser útil recurrir a un ejemplo. En la década de 1980, dos empresas de las áreas farmacológicas y biotecnológicas, Eli Lilly y Genentech, obtuvieron la patente para comercializar la hormona de crecimiento HGH, proyectada genéticamente para un mercado muy restringido: unos pocos miles de niños que sufren de enanismo en los Estados Unidos. Como es usual en estos casos, para compensar la inversión en investigación y desarrollo, las empresas ganaron derecho al monopolio sobre el medicamento durante siete años. En 1991, sin embargo, la droga ya se había convertido en un éxito comercial: era consumida por niños que se encontraban dentro de la franja de estatura considerada normal y por jóvenes deportistas que querían aumentar su masa muscular. Entonces, las empresas involucradas decidieron promover una campaña mercadológica que apuntaba a redefinir la baja estatura —algo que hasta entonces se consideraba normal— como un tipo de enfermedad. El episodio llevó a la representante del Instituto Nacional de Salud de los Estados Unidos a declarar que tales niños no eran “normales”; tenían baja estatura, “en una sociedad que ve ese rasgo como desfavorable” (Rifkin, 1999).

De modo comparable a lo que ocurrió en el caso recién relatado, el exceso de peso que hasta entonces se consideraba dentro de los márgenes de la normalidad, también fue decretado “enfermedad” por el Departamento del Tesoro de ese mismo país. La decisión apuntaba a permitir que los gastos con dietas y tratamientos para adelgazar se pudieran descontar del impuesto de renta pago por los ciudadanos estadounidenses. Los ejemplos son elocuentes a los fines de este ensayo, en la medida en que se trata de importantes redefiniciones de términos como *normal*, *saludable* y *enfermo*. En suma, ya no resulta más necesario loca-

lizar un origen patológico para los síntomas: bastaría verificar su distancia con respecto al estándar normal —que, a su vez, suele definirse por los caprichos de la “mano invisible” del mercado— para que sea pasible de medicalización.

Portadores asintomáticos de enfermedad y muerte

En los discursos de la nueva medicina abundan vocablos como *propensión*, *probabilidades*, *riesgos* y *tendencias*. El vínculo entre determinados genes y ciertas enfermedades o comportamientos específicos, por ejemplo, suele basarse en cálculos estadísticos y probabilísticos. Pero tanto las propensiones como las probabilidades son relativas, por definición; porque siempre existe la posibilidad, aun cuando sea muy remota, de que la correlación entre un determinado gen y cierto atributo de los cuerpos o las subjetividades en los experimentos de laboratorio sea producto del azar. Así, el nexo entre ambos factores podría ser inexistente, apenas un espejismo numérico configurado por casualidad. No obstante, ya existen mecanismos de discriminación basados en las tendencias inscriptas en el genotipo de las personas. Los análisis genéticos pre-sintomáticos se utilizan para evaluar a los individuos, como una previsión fiable —con toda la legitimidad del saber científico— de las potencialidades y los riesgos que una determinada persona podría presentar en el futuro. Esos tests constituyen poderosos instrumentos de control, puesto que su uso se extiende cada vez más: desde las mujeres embarazadas hasta las compañías de seguros, pasando por los planes de salud, instituciones gubernamentales, empresas y escuelas. Existe la posibilidad de que los análisis e informes genéticos sean obligatorios en el futuro; de hecho, hay propuestas de elaborar bancos de datos genéticos de poblaciones nacionales, incluyendo el diseño de documentos de identidad digitales que contengan muestras del ADN de cada individuo.

A pesar de la legitimidad apoyada en la precisión y en la exactitud de la información, también es cierto que no hay garantías de que la “falla” inscrita en el código genético de una persona se manifieste efectivamente en su organismo. Y, suponiendo que eso ocurra, la influencia del medio ambiente podrá afectar sus diversos niveles de gravedad, que muchas veces incluyen la posibilidad de tratamiento y cura. No obstante, pese a las complicaciones éticas y políticas, la medicina promete basarse cada vez más en esas propensiones denunciadas por los códigos informáticos que programan los cuerpos humanos. Como afirma Jeremy Rifkin en su libro *El siglo de la biotecnología*: “los gigantes farmacéuticos están adquiriendo participaciones societarias y estableciendo acuerdos de

investigaciones con muchas empresas que operan con el genoma humano, convencidos de que el futuro de las industrias médica y farmacéutica se apoyará en datos recolectados a partir de genes, características genéticas, predisposiciones y tendencias” (ob.cit., p.73).

La meta de una medicina que trata las enfermedades en términos de probabilidades y propensiones no abarca apenas la *cura*, ahora definida como corrección de errores inscriptos en el código que programa la vida de cada paciente. Su objetivo principal es la *prevención* de los riesgos detectados en los análisis informatizados; es decir, riesgos *probables* de enfermarse y morir. El inmenso conjunto de medidas preventivas que fluyen de la medicina contemporánea constituye un vigoroso instrumento de poder sobre la vida: tanto sobre su definición como sobre su manipulación. Porque si bien no todos los individuos presentan errores destacables en sus códigos, absolutamente todos los seres humanos tienen probabilidades de enfermarse y morir, en mayor o menor medida y dependiendo del momento en que se efectúen los análisis. Por eso, las estrategias que apuntan a la prevención de riesgos involucran a *todos* los sujetos a lo largo de *toda* su vida, con su amplio menú de prevenciones en términos de alimentación, deportes, vitaminas, terapias, etcétera.

Así, definida como *error probable*, como propensión y tendencia, la enfermedad se vuelve endémica: una falla inherente a la especie humana. Por tal motivo, es necesario que todos los individuos —definidos como *consumidores*— deban contratar un seguro de salud, lo cual implica abonar una mensualidad obligatoria a las empresas del sector médico durante toda la vida. No hace falta que la enfermedad se manifieste, ya que ésta se presenta como constitutiva de la condición humana. Y el sueño más audaz de nuestra tecnociencia consiste en eliminarla, superando ese límite que insiste en constreñir a nuestra especie. Para poder consumir semejante ambición, antes, todos los seres humanos deben ser redefinidos como virtualmente enfermos. Luego, deberán consumir la panacea que les permitirá superar ciertos límites de su condición humana, quizás *demasiado humana*. Se nos vende, así, la posibilidad de planear nuestras vidas potencialmente eternas, administrando riesgos e interviniendo técnicamente en la fatalidad de nuestros códigos para eliminar el carácter aleatorio del destino. Es decir, algo que estaría infaliblemente “impreso” en las propias células.

Fruto de estas redefiniciones de normalidad, enfermedad y salud es la figura del portador asintomático, que ganó preeminencia con la propagación del virus del SIDA. El portador está enfermo, aunque *todavía* no presenta los síntomas de su dolencia. Por eso, este personaje encarna el modelo extremo de la subjeti-

vidad contemporánea: fatalmente marcada por su propensión a la enfermedad y a la muerte, debe luchar sin tregua contra su condena a la obsolescencia. En este difícil contexto, la tecnociencia no cesa de advertir a todos los consumidores del planeta: hay que conocer todos los detalles de la información contenida en nuestras propias moléculas, para prever su desarrollo futuro y administrar los riesgos inscriptos en ellas. De nuevo, se evoca aquí a la fatalidad del destino, que ya no está más librado al azar de los astros sino lacrado en nuestro ADN.

Desnaturalizar la historia

Frente a la encrucijada tejida por estos procesos, se hace necesario examinarlos con toda la agudeza posible para desnudar sus implicaciones políticas. No se trata de una tarea simple, ya que el mundo atraviesa una intensa serie de transformaciones de toda índole que sugieren una transición hacia un nuevo régimen de poder, con la concomitante redefinición de los campos de saber que se privilegian y aquellos que pierden protagonismo. Estamos inmersos en este torbellino, del cual no es fácil distanciarse para apreciarlo con el cuidado que merece. Quizás se trate de un tránsito desde la “vigilancia disciplinaria” característica de la sociedad industrial estudiada por Foucault, hacia una administración privada de los riesgos que amenazan nuestro bienestar personal (Deleuze, 1991, p.p.15-23). Mientras se diseminan las técnicas terapéuticas dirigidas a todos los normales (redefinidos como virtualmente enfermos), el tipo de sujeto que protagonizó la sociedad industrial se disuelve para configurar otros modos de ser. Esas nuevas formas subjetivas se alejan del viejo homo psychologicus para adaptarse al cuadro presente, al mismo tiempo en que contribuyen para generarlo.

Como las novedades son innumerables e incesantes, pero todavía no son infalibles, los sujetos contemporáneos deben enfrentar la tragedia de su propia “obsolescencia”, a la cual parecen estar fatalmente destinados. Para eso, deben desafiar las exigencias de la competitividad sometiéndose a las tiranías (y también a las delicias) de la flexibilidad y del reciclaje constante, según rezan los manuales de la ética neoliberal que se propagó a fines del siglo XX y principios del XXI. O, tomando prestado otros vocablos de la retórica digital e informática: deben realizar de manera incesante un upgrade y un update, tanto de sus piezas de hardware como de su valioso capital en términos de software. Así, el individuo interpelado por estas nuevas tendencias y presiones, debe asumir cierto “imperativo de la salud” hoy omnipresente, que incita a una verdadera

obsesión por el cuidado del cuerpo en busca del bienestar personal. Al elegir un estilo de vida saludable (o peligroso), cada uno debe saber que en ese acto está minimizando (o maximizando) los riesgos probablemente inscritos en su predisposición genética.

De ese modo, al asumir los roles complementarios de administrador de sí mismo y consumidor, cada sujeto debe planear su propia vida como los empresarios delinean las estrategias de sus negocios: evaluando riesgos y tomando decisiones capaces de maximizar su calidad de vida y optimizar sus recursos. En todos los casos, esas opciones suelen administrarse siguiendo parámetros mercadotécnicos, tales como la relación costo-beneficio y el grado de eficiencia de cada decisión. Este *modus operandi* es el que caracteriza a la empresa, precisamente en un momento en que el “espíritu empresarial” se dispersa por todas las instituciones y no cesa de conquistar nuevos espacios. Parafraseando a Andrew Grove, famoso ejecutivo que supo liderar a la compañía Intel en sus años de gloria, y que luego se dedicó a firmar best-sellers de auto-ayuda, en el mundo contemporáneo Sólo los paranoicos sobreviven (1997). O sea: aquellos individuos que demuestran una alta capacidad de adaptarse a los cambios constantemente exigidos por el capitalismo post-industrial de los flujos globales, aquellos que logran auto-programarse a partir de los veredictos de la tecnociencia aliada al mercado y al aluvión mediático. En fin: sujetos eficaces, flexibles y reciclables.

La intención de este artículo, consiste en “desnaturalizar” algunos aspectos de estas complejas cuestiones, desnudando su raíz política e histórica. Es decir: inventada, y por lo tanto mutable. Si algún tiempo atrás el mundo y el ser humano eran pensados en términos mecánicos, comparables a relojes que podían (y que deberían) aceitarse y perfeccionarse en su funcionamiento regular, hoy solemos pensarnos en términos informáticos. Es decir, como si todos los cuerpos estuvieran comandados por programas de computación que pueden (y que deberían) editarse y modificarse en nombre de la eficiencia y otros valores mercadotécnicos. Nada de esto es inocuo y todo tiene ramificaciones de peso, de allí la necesidad de desnaturalizar estas verdades: lejos de ser consecuencias naturales del progreso o efectos inevitables de un destino escrito en alguna parte, se trata de procesos históricos. Y, como tales, responden a elecciones muy concretas que involucran serias decisiones políticas, más allá de los embates y resistencias que siempre avivan este tipo de disputas.

Si ahora parecen triunfar es porque obedecen a las necesidades de un determinado proyecto de sociedad, que hoy rige en buena parte de nuestro planeta globalizado y expelle ciertas verdades y no otras, generando determinados

tipos de saberes y poderes (y no otros), desencadenando ciertos problemas y proponiendo ciertas soluciones, mientras descartan a todas las demás opciones o posibilidades. Se trata de un mundo que incita a configurar determinados tipos de cuerpos y subjetividades, y que al mismo tiempo sofoca otras formas posibles. De modo que se trata de una estrategia histórica, aunque no tenga “estrategas” a la vista porque su intencionalidad no es subjetiva; sin embargo, su impulso delinea un proyecto socioeconómico que resulta identificable por medio del análisis genealógico de sus efectos. Por todos esos motivos, mapear estos fenómenos desde diversas perspectivas se ha vuelto fundamental, para que sea posible operar sobre ellos inventando otras verdades y ampliando, así, los campos de lo pensable y de lo posible.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bezerra, B. (2002). O ocaso da interioridade e suas repercussões sobre a clínica. En: PLASTINO (org.). *Transgressões*. Rio de Janeiro: Ed Contracapa. 2002, p. 229-239.
- Castel, R. (1995). *La gestión de los riesgos*. Buenos Aires: Ed. Anagrama.
- Deleuze, G. (1991). Posdata sobre las sociedades de control. En: Ferrer, Christian (Org.). *El lenguaje libertario*. Tomo II. Montevideo: Ed. Nordan. p. 15-23.
- Foucault, M. (2000 [1975-1976]) *Em defesa da sociedade*. São Paulo: Ed. Martins Fontes. [Versión castellana: (2001). *Defender La Sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica].
- (1980[1976]) *História da Sexualidade I: A vontade de saber*. Rio de Janeiro: Ed. Graal. [Versión castellana: (2008). *Historia de la sexualidad.1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores]
- Grove, A. (1997). *Só os paranóicos sobrevivem*. Sao Paulo: Ed. Futura.
- Hamer, D y Copeland, P. (1998). *El Misterio de los Genes*. Buenos Aires: Ed. Vergara.
- Huxley, A. (1992[1932]). *Un mundo feliz*. México: editores mexicanos unidos.

- Jay Gould, S. (1997). O que é vida? como um problema histórico. En: MURPHY, Michael; O'NEILL, Luke. (Org.). *O que é a vida? 50 anos depois: Especulações sobre o futuro da Biologia* (p.47). São Paulo: Ed. UNESP.
- Keller, E. F. (2000). *Lenguaje y vida: metáforas de la biología en el siglo XX*. Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Rifkin, J. (1999). *O século das biotecnologias: A valorização dos genes e a reconstrução do mundo*. São Paulo: Ed. Makron Books.
- Sibilia, P. (2005). El hombre postorgánico: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Wolpert, L. (1997). Desenvolvimento: O ovo é computável, ou podemos gerar tanto um anjo como um dinossauro?. En: MURPHY; O'NEILL, (Org.). *O que é a vida?50 anos depois: Especulações sobre o futuro da Biologia*. São Paulo: Ed. UNESP.